



DE ESPINELA.

Nueva relacion de los valerosos hechos, muertes y atrocidades de esta esforzada aragonesa, con lo demas que verá el curioso lector.

El sol detenga sus rayos,
 y la luna su luz bella,
 el mar calme con sus olas,
 y estremezcase la tierra:
 tiembren los cuatro elementos,
 y esa rutilante esfera;
 pues de mí no están seguros
 hasta los siete planetas.
 Oigan pues de una muger
 la arrogancia mas resuelta;
 de una vívora el veneno,
 de una sierpe la ira fiera.
 Yo nací dentro de Caspe,
 de de nacion aragonesa,
 hija de muy nobles padres,
 que desde la edad mas tierna
 por anuncio ò vaticinio
 me pusieron Espinela.

Y discurro que acertaron
 con el nombre, pues tal era,
 que ninguna ama podia
 sufrir mi poca paciencia:
 siendo desde mis principios
 tan altiva y tan soberbia,
 que ninguno me la hacia
 que se me fuese con ella.
 Apenas tuve tres lustros,
 cuando la parca sangrienta
 quitó la vida á mis padres,
 quedándo yo tan resuelta,
 que de mi furor temblaban
 muchos de la villa mesma.
 Aprendí á jugar las armas
 con tal valor y destreza,
 que á pocos dias salí
 como el maestro maestra.

Vivia junto á mi casa
de lindo cuerpo y presencia,
un hijo de un caballero,
llamado Fabian de Herrera:
gustaba mucho de hablarme,
y que yo correspondiera.
Mas como dice el adagio,
que burlas vienen á veras,
robóme su amor el alma,
y viéndome yo sin ella,
le dije si me queria
por esposa, y la respuesta
fue decir, que no igualaba
en calidad ni en hacienda,
y que tenia á su gusto
dama de mayor esfera.
Disimulé cuanto pude,
y cual leona sangrienta,
entré furiosa en mi casa,
aguardando que viniera
la noche para vengar
de mi enojo la soberbia.
Y mudándome de trage,
tomé mi espada y rodela,
y con una caravina
bajé veloz á la puerta.
Vile que estaba en la calle
hablando por una reja
con cierta dama, y llegando,
le dije de esta manera:
infame, traidor, sin ley;
còmo atrevido desprecias
el honor de mi linage,
sabiendo que soi tan buena
como cuantas puede haber?
Yo ahora vengo resuelta
á que me quites la vida,
ò á quedar bien satisfecha.
Ea cobarde, á qué aguardas?
Y el mozo puesto en defensa,

se defendía bizarro;
mas de poco le aprovecha,
que con cuatro ò cinco heridas
cayó difunto en la tierra.
Alborotóse la dama
al ver su esperanza muerta;
pero de un caravinazo
hice callára su lengua.
Vino al punto la justicia,
mas yo como una centella,
me escapé bien prevenida
para la ciudad de Huesca.
Pasé á la ilustre Pamplona,
fertil pais de Amaltea,
donde estuve algunos dias
logrando la primavera;
dejé mi nombre, y tomé
Raimundo por Espinela.
Siendo pues por mi valor
respetada donde quiera;
senté plaza de soldado,
y en el presidio de Ceuta
estuve catorce meses,
haciendo algunas proezas.
Un dia cuatro de Octubre,
no sé sobre qué pendencia
quité la vida á un sargento,
porque era largo de lengua,
y me pasé en un barquillo
á la ciudad de Marbella.
Desembarqueme, y estando
una tarde en la ribera,
divirtiéndome en el juego,
se formó una escaramuza,
que eran seis contra mi sola,
conque me oblió la fuerza
de la razon á sacar
los instrumentos de guerra,
y á las primeras mudanzas
cayeron los tres en tierra,

y los demás se escaparon,
que si no, lo mismo fuera.
Entré en Málaga, y un dia
estando en la calle nueva,
un ministro me pregunta,
que de qué paragé era?
Dije, que, qué le importaba?
y sobre esta dependencia
replicó., que me pondría
en un cepo de cabeza.
Alcé furiosa la mano,
y en medio de la mollera
le di un golpe, y se quedó
baylando la pataleta;
á cuyo tiempo llegó
la justicia, y me amonesta,
que me entregara á prision
por voluntad ó por fuerza.
Respondí que no queria,
y sacando mi vihuela,
empezaron á danzar
una jácara de cuenta.
Di la muerte á un alguacil,
porque á prenderme se arresta,
y á un escribano tambien
le alcancé con gran violencia.
una estocada, y tomó
por cama la blanda arena.
En verdad que no pensé
salir bien de esta refriega;
pero un fuerte valenciano
valeroso se me llega
á guardarme las espaldas;
y yo de cólera ciega,
á cual derribo, á cual mato:
finalmente, abríme senda
para escapar, y salí
con tres heridas pequeñas.
El valiente valenciano
me siguió, y en una cueva

pasamos aquella noche,
y antes que el alva viniera,
un barquero nos llevó
al puerto de Salobreña.
Corrimos las Alpujarras,
y en la villa de Alcolea
nos hallamos sin dinero,
ni cosa que lo valiera.
Fuimos á una casa rica
de una señora de prendas,
y con una industria rara
le sacamos de moneda
hasta cuatro mil escudos,
con una finjida letra.
Campamos algunos dias,
haciendo mil francachelas.
Llegamos á Monte-Jucar,
y en una encumbrada sierra
hallamos un mercader
en lo áspero de una breña,
y al tiempo de registrarle,
compasivo se lamenta,
diciendo: no me mateis,
amigos, que yo quisiera
tener á vuestro servicio
de este mando la riqueza:
veis aquí dos mil ducados;
perdonad por la miseria.
Recogámoslos al punto,
y en pago de la fineza,
lo dejamos maniatado,
espuesto allí á la inclemencia.
Nos ausentamos huyendo
por otras distintas tierras,
siendo asombro de los montes,
y escándalo de las selvas.
En el puerto de Archidona
vimos que en una calesa
iba un frances muy triunfante
con una madama bella;

llegueme á él y le dije:
de qué país ò qué tierra?
El me respondió en flamenco;
mas yo conocí en la lengua,
que no era, le tiré
con súbita diligencia
un trabucazo, y quedó
pidiendo al cielo clemencia.
Registrámoste, y le hallamos
hasta dos mil y cuarenta
doblores de plata y oro,
que no fue muy mala presa.
Y volviendo á la madama,
en una caja pequeña
le hallamos grandes alhajas
de oro fino y ricas perlas,
que valian muchos miles;
y le dije: daca, perra,
que no es razon que te lleves
de España tanta riqueza.
Viendo que se resistia,
le dí entre oreja y oreja
un gran golpe, y se quedó
revolcándose en la arena.
Cogimos todo el tesoro,
y corriendo á toda priesa,
entramos en Riogordo,
cuando la justicia llega,
y queriendo aprisionarnos,
dentro del meson nos cercan,
y alentándonos entonces,
mi buen compañero intenta
defenderse, mas no pudo,
porque el pecho le atraviesan
de un trabucazo; y yo sola
hice tanta resistencia,
que para prenderme hubo
muertos y heridos sin cuenta.
Finalmente, me prendieron,

y maniatada me llevan
á la ciudad de Sevilla,
donde la justicia recta
su derecho hace, y castiga,
para que tomen enmienda.
Sacáronme á la visita,
y yo puesta en la presencia
de tantos nobles señores,
algo turbada la lengua,
declaré todas mis culpas,
como referidas quedan.
Dije al fin que era muger,
con que la sala se queda
toda absorta; y luego al punto
mandan que la diligencia
se hiciese de registrarme,
y viendo ser verdad cierta,
los señores del Acuerdo
pronunciaron la sentencia,
que pagase en una horca
las cometidas ofensas.
Sacáronme por las calles,
y á voz de pregon me llevan
hasta la plaza mayor,
donde la muerte me espera.
Y sentada en el suplicio,
pidiendo al Señor clemencia,
invoqué á la Virgen pura,
diciéndole: sacra Reina,
Madre de Desamparados,
y dulce abogada nuestra,
suplicadle á vuestro Hijo,
que por su amor me conceda
el perdon de mis pecados.
Esto dijo, y con violencia
llegó la homicida parca,
y el cuerpo cadaver queda,
subiendo el alma á gozar
gloria celestial y eterna.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, núm.º 18.